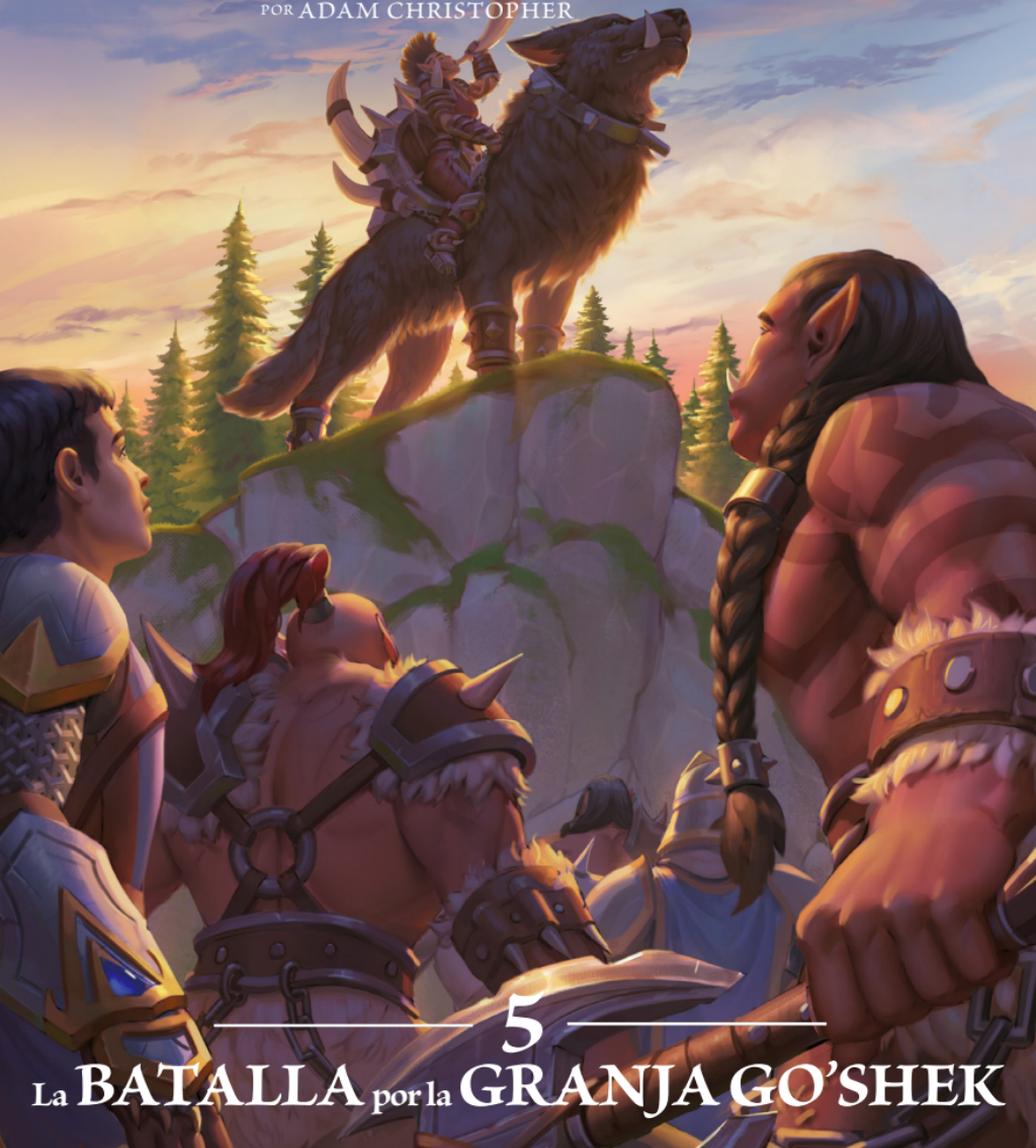




WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

TIERRAS ANCESTRALES

POR ADAM CHRISTOPHER



5

La **BATALLA** por la **GRANJA GO'SHEK**

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

BRUSH SAUCE STUDIO

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA, TAKAYUKI SHIMBO



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard

Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



Geya'rah parpadeó para disipar los puntitos de luz de su vista y se obligó a ponerse de pie mientras sacudía la cabeza y volvía en sí. Había caído por la ladera empinada hasta chocar, por fortuna, con algo blando, tal vez una bala de heno. Miró a su alrededor para orientarse.

Estaba en una granja de los humanos. Parece que la habían lanzado a cierta distancia de Go'shek y que había caído en territorio de los stromgardianos. El lugar estaba vacío, pero Geya'rah no quiso correr riesgos. Bordeó la ladera rocosa y se dirigió hacia el lugar donde se oían los combates, en dirección a un granero de grandes dimensiones que le proporcionaría una buena cobertura.

—¡Detente!

Se detuvo en seco al ver que una figura diminuta saltaba desde el edificio para ponerse en su camino. Era un humano, un *niño*, al parecer. No tendría más de una docena de años y empuñaba una espada que era más larga que él y claramente demasiado grande para sus manos.

Geya'rah siseó asqueada. ¿Marran estaba tan desesperada que reclutaba *niños* para que lucharan por ella?

—¡No te llevarás nuestros cultivos! —gritó el chico mientras levantaba el arma lo mejor que podía—. Madre y padre han trabajado muy duro durante toda la estación y el castillo se ha quedado casi toda la cosecha como impuestos. ¡Nos vamos a morir de hambre! ¡No dejaré que te los lleves!

Geya'rah aspiró hondo. El niño no era un soldado. Estaba protegiendo su granja. Su hogar.

—Pequeño, no voy a hacerte daño —dijo con voz amable—. No estoy aquí para robarte. Ningún Mag'har lo hará. Caminó con lentitud hacia él.

El chico dio un traspiés y cayó hacia atrás. Soltó el arma y se arrastró hacia el granero, donde un par de manos tiraron de él hacia atrás.

—¡Aléjate de nosotros!

Geya'rah se detuvo y asomó al interior del granero. Allí, acurrucada en la oscuridad, había gente, mucha gente: hombres y mujeres mayores, niños e incluso bebés. Geya'rah dio un paso hacia delante y los humanos chillaron de miedo casi al unísono mientras retrocedían.

No había ni un soldado. Eran gente corriente, personas que se habían establecido en las Tierras Altas para encontrar paz y trabajo honrado. Habían ido en pos de un sueño, una promesa o sencillamente una oportunidad de ganarse la vida para sí mismos y sus familias. Y ahora había llegado la guerra, una lucha que no habían pedido ni querían.

Lo único que querían era *vivir*.

Delante había dos hombres. Uno era mayor que el otro, pero ambos parecían igual de enjutos por toda una vida de trabajo duro. Sus improvisadas armas —el mayor llevaba una azada y el más joven, una horqueta doblada— hicieron que Geya'rah se estremeciera de lástima.

El hombre mayor levantó la barbilla a modo de desafío, aunque, en cuanto rompió el silencio, se puso de manifiesto el miedo en su voz temblorosa.

—¡Marran nos ha hablado de vosotros, orcos! —dijo—. ¡Sois sanguinarios y crueles!

—¡Y estáis hambrientos! —dijo el hombre más joven—. Estáis desesperados por llevaros lo que tenemos, ¿verdad? ¡Nos pasaríais a todos por la espada y os llevaríais lo

que es nuestro!

Geya'rah sintió que la abandonaban las fuerzas. Sabía lo grande que era en comparación con ellos y lo aterradora que debía parecer, ataviada como estaba para la guerra. Le tenían miedo. Y estaban desesperados. Geya'rah sabía que le pasaba lo mismo a su pueblo. Era consciente de que en aquel momento, en la Granja Go'shek, podría estar sucediendo la misma situación. Familias orcas y granjeros enfrentándose a un enemigo terrible y sin rostro, decidido a *matar, saquear y conquistar*.

Dio un paso atrás, pero aquel simple movimiento provocó que todo el grupo se estremeciera.

—Vinimos aquí en busca de paz —dijo—. Para escapar de la guerra en *nuestro* planeta. No hemos venido a luchar.

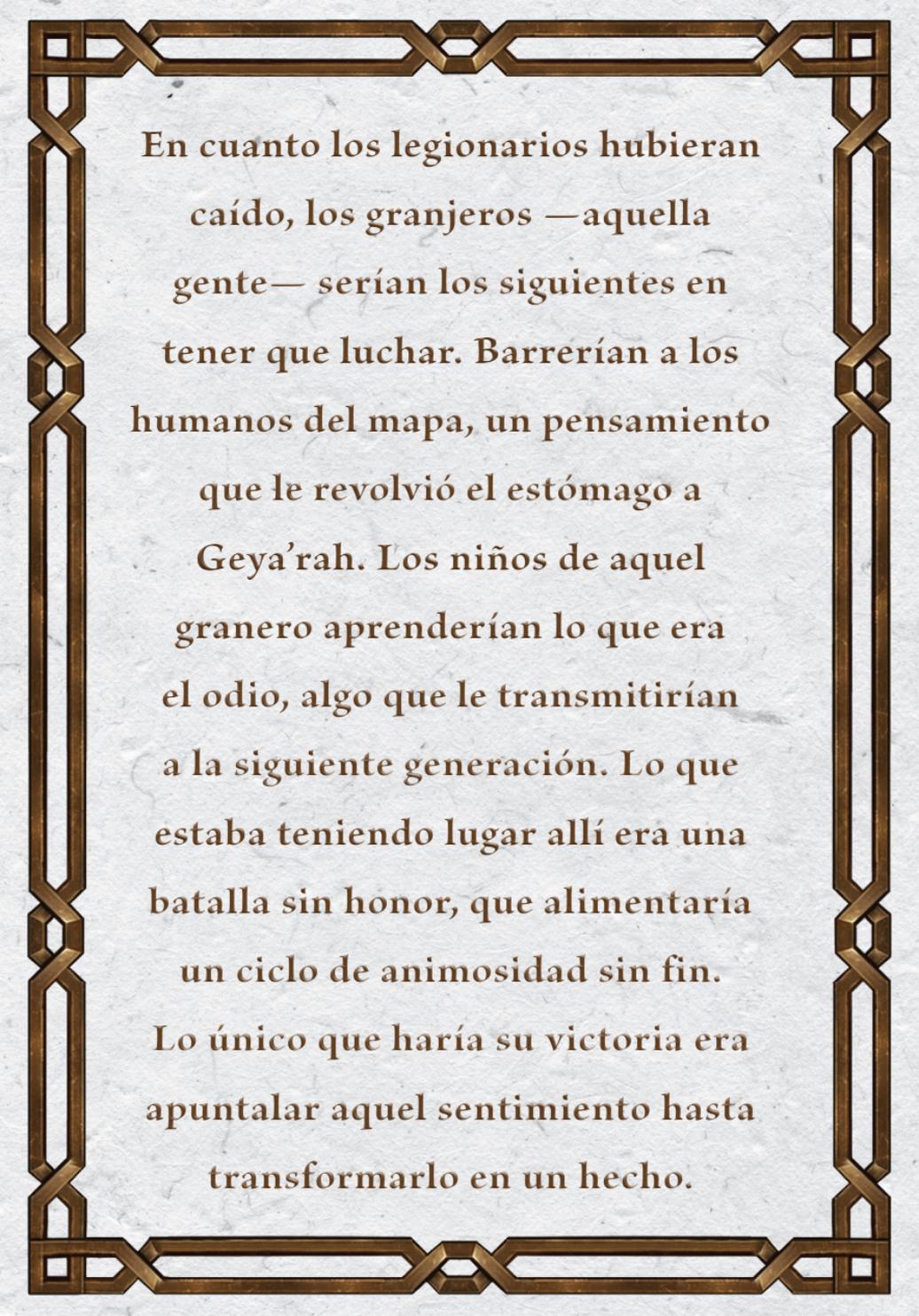
Pero no sirvió de nada. Los humanos no la escuchaban. Lo único que veían era un enemigo: grande, fuerte y aterrador. *Diferente*.

La Séptima Legión era poderosa, pero Geya'rah sabía incluso antes de la batalla que los stromgardianos tenían menos efectivos. Los Kor'kron, con el apoyo de las fuerzas Mag'har, los superaban en número por tres a uno o puede que más. El implacable odio de Marran Aterratrols la había llevado a atacar sin tener en cuenta sus posibilidades. Iba a ser una masacre. En cuanto los legionarios hubieran caído, los granjeros —aquella gente— serían los siguientes en tener que luchar. Barrerían a los humanos del mapa, un pensamiento que le revolvió el estómago a Geya'rah. Los niños de aquel granero aprenderían lo que era el odio, algo que le transmitirían a la siguiente generación. Lo que estaba teniendo lugar allí era una batalla sin honor, que alimentaría un ciclo de animosidad sin fin. Lo único que haría su victoria era apuntalar aquel sentimiento hasta transformarlo en un hecho.

Pero quizá ella pudiese interrumpir ese ciclo. Puede que Marran la odiase — Geya'rah estaba *segura* de eso— pero no iba a permitir que su odio cambiase su identidad o la de los Mag'har.

Se acordó de las palabras de Thrall: «*Descubre lo que aflige a Stromgarde. Busca otra solución*».

Pues ahí la tenía, delante de sí. Stromgarde y Sentencia tenían más cosas en común que diferencias.



En cuanto los legionarios hubieran caído, los granjeros —aquella gente— serían los siguientes en tener que luchar. Barrerían a los humanos del mapa, un pensamiento que le revolvió el estómago a Geya'rah. Los niños de aquel granero aprenderían lo que era el odio, algo que le transmitirían a la siguiente generación. Lo que estaba teniendo lugar allí era una batalla sin honor, que alimentaría un ciclo de animosidad sin fin. Lo único que haría su victoria era apuntalar aquel sentimiento hasta transformarlo en un hecho.

—¡Geya'rah!

Los humanos gritaron en cuanto Thrall apareció sobre su lobo. Geya'rah le hizo un gesto a Thrall para que se detuviera.

—Podemos poner fin a esto —le dijo a Thrall—. *Debemos* ponerle fin.

Thrall miró a los humanos y asintió.

—Hay muchas batallas que librar, pero esta no es una de ellas. Puedes salvar a esta gente y a la tuya. Ese poder está en tus manos.

Geya'rah asintió.

—Ahora lo entiendo. —Se subió a la montura de Thrall de un salto para ponerse detrás de él—. Pero ¿cómo?

Thrall fío un golpecito a las riendas.

—Creo que lo sé. Pero debemos encontrar a Aggra. Jaina y ella están haciendo todo lo posible para detener el combate.

Con un grito, Thrall espolé a su montura, y subieron por la ladera.



«*Esto no tiene remedio*», pensó Jaina mientras corría por el campo de batalla. Aunque estaba haciendo todo lo posible para mantener a los soldados alejados con magia Arcana, sabía que no podía estar en todas partes al mismo tiempo, y ya había visto suficientes combates como para saber qué bando iba a salir victorioso.

Marran se la había jugado y había salido perdiendo. Jaina tenía que encontrarla antes de que fuera demasiado tarde.

Invocó a sus pies a un familiar Arcano que la elevó por los aires, desde donde no tardó en localizar a Marran, a poca distancia de allí. Se encontraba justo delante, ordenando avanzar a sus tropas, embutida en la piel de lobo que había considerado símbolo de su derecho a gobernar.

Jaina retiró a su sirviente, que se disolvió a sus pies. Utilizó el ímpetu de su movimiento para atravesar la distancia que las separaba y caer junto a Marran. Invocó un portal y, agarrando a Marran de la cintura, lo atravesó. Aparecieron en una superficie de tierra despejada, a cierta distancia, antes de que el portal se cerrara tras ellas.

Marran se puso en pie, pero Jaina fue más rápida y apuntó con su bastón a la regente.

—¿Así es como trata la Alianza a los suyos, lady almirante? ¿Obligándolos a obedecer mediante la fuerza?

Jaina se acercó, lista para someter a la regente si era necesario.

—¡Abre los ojos, Marran! Tú, que decías que la Alianza se enzarzaba en batallas sin sentido, vas y provocas la más absurda de todas. —La energía Arcana chisporroteó por su bastón—. Has perdido. No permitiré que le hagas más daño a tu reino o a la Alianza.

Sobre ellas, un destello rojizo atravesó el cielo hasta cegar la noche iluminada por la luna. Jaina exhaló un jadeo de sorpresa y dio un paso atrás mientras se protegía la vista, lo que hizo que dejara de centrarse en Marran. Las dos mujeres dirigieron la mirada hacia el norte. Allí, desde la cima de una colina cercana, una columna de llamas turbias se alzaba hacia el cielo nocturno, tan brillante como para iluminar la totalidad del terreno donde se encontraban los Kor'kron y la Séptima Legión, que se detuvieron en medio de la batalla, con las miradas puestas en la figura iluminada por el sol naciente.

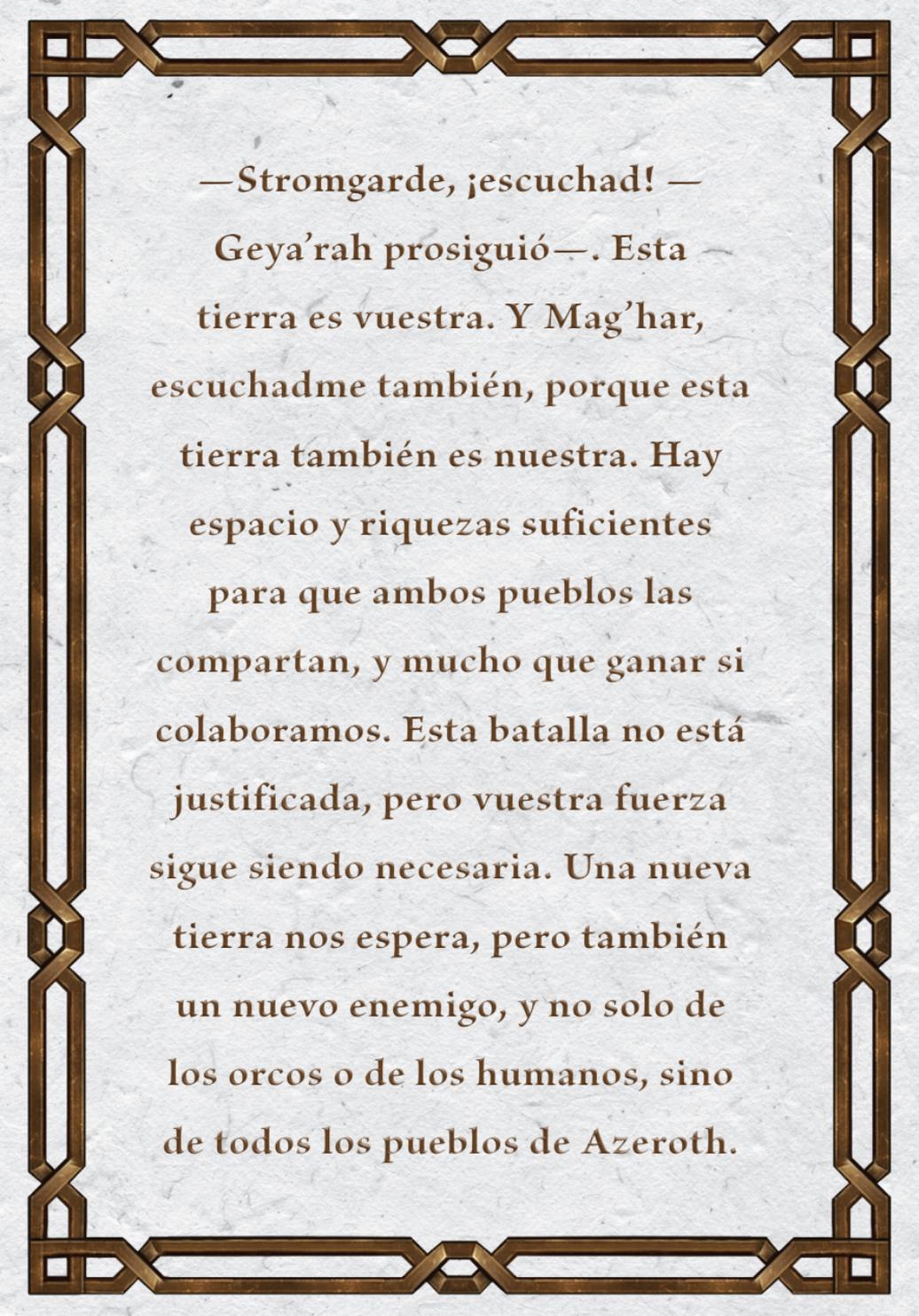
«Geya'rah».

A lomos de su montura, la líder de los Mag'har se llevó un cuerno a los labios. Con un soplido, el sonido se extendió por todo el campo de batalla, y Jaina vio que la acompañaban dos figuras: Aggra y Thrall.

Cuando los ecos del cuerno de guerra se apagaron, Geya'rah habló; su poderosa voz resonó en cada colina y en cada hondonada amplificado de manera natural por el paisaje ondulado de las Tierras Altas de Arathi. —¡Aquí no habrá batalla! ¡No hay honor alguno en esta masacre! Los Kor'kron y los Mag'har mantendrán la posición. ¡Solicito que la Séptima Legión y el ejército stromgardiano hagan lo mismo!

Jaina se volvió para estudiar el campo de batalla desde su nueva y ventajosa posición. La luz del sol del amanecer extendía sus primeros rayos desde Sentencia, tras ellos, hasta Stromgarde, en el horizonte lejano. También iluminaba el terrible precio de la lucha. Jaina vio los cadáveres esparcidos por las Tierras Altas. Eran muy numerosos, y de ambos bandos: stromgardianos, Mag'har, soldados de la Séptima Legión y Kor'kron.

—Stromgarde, ¡escuchad! —Geya'rah prosiguió—. Esta tierra es vuestra. Y Mag'har, escuchadme también, porque esta tierra también es *nuestra*. Hay espacio y riquezas suficientes para que ambos pueblos las compartan, y mucho que ganar si



—Stromgarde, ¡escuchad! —
Geya'rah prosiguió—. Esta
tierra es vuestra. Y Mag'har,
escuchadme también, porque esta
tierra también es nuestra. Hay
espacio y riquezas suficientes
para que ambos pueblos las
compartan, y mucho que ganar si
colaboramos. Esta batalla no está
justificada, pero vuestra fuerza
sigue siendo necesaria. Una nueva
tierra nos espera, pero también
un nuevo enemigo, y no solo de
los orcos o de los humanos, sino
de todos los pueblos de Azeroth.

colaboramos. Esta batalla no está justificada, pero vuestra fuerza sigue siendo *necesaria*. Una nueva tierra nos espera, pero también un nuevo enemigo, y no solo de los orcos o de los humanos, sino de todos los pueblos de Azeroth. Partiremos hacia Khaz Algar. ¡Desafío a la Séptima Legión a que demuestre que tiene la fuerza necesaria para marchar con nosotros!

El silencio se extendió sobre el campo de batalla. Y, entonces, bajo la atenta mirada de Jaina, un general Kor'kron de aspecto poderoso salió de las filas de su ejército y dirigió la mirada desde la parte baja de la colina iluminada por las llamas. A su vez, desde el frente cercano de la Séptima Legión, surgió un caballero comandante y caminó hacia el general orco.

Jaina contuvo la respiración..., y el líder Kor'kron le tendió la mano. El caballero comandante hizo una pausa y, acto seguido, tomó la mano que le ofrecían.

—Esto no ha terminado —siseó Marran apretando los dientes y provocando que Jaina dejara de prestar atención a los demás—. Seguiré la voluntad del pueblo. Mientras la sangre de Arathor fluya por mis venas...

En ese momento intervino otra voz.

—Lady almirante, ¿me permitís un momento con mi regente?

Jaina se hizo a un lado mientras Danath Aterratrols llegaba al campo de batalla, seguido de cerca por los líderes del ejército stromgardiano.

Marran entornó los ojos y centró la mirada en Jaina mientras se acercaba su tío.

—Fui misericordiosa bajo el fuerte. Nunca cometo un mismo error dos veces.

Jaina se puso al lado de Danath.

—Yo tampoco. Me bastó cruzar las puertas de Stromgarde para sospechar de la situación. Envié un mensajero, pero no tenía la certeza de que fuera a llegar.

—Y por eso también envié un cuervo —dijo Danath—. Una decisión profética.

Marran dio un paso hacia Jaina, pero un capitán stromgardiano la inmovilizó.

—Justo a tiempo, capitán Brewston, como siempre.

—Mi señor —dijo el capitán inclinando la cabeza—. ¿Qué órdenes tenéis?

—Marran Aterratrols queda relevada de sus deberes oficiales. Escoltadla a sus aposentos, donde permanecerá bajo arresto hasta que decida qué hacer con ella. Danath se dirigió a otro miembro de su grupo.

—Capitán Wren, organizad grupos de búsqueda y arrestad a sus simpatizantes. Sospecho que quedan bastantes.

—Id con cuidado —dijo Jaina—. Marran tiene una maestra de espías, una cazadora llamada Zatacia. Es la más leal de todos y es una experta tiradora, además de ducha en venenos.

Wren la saludó y comenzó a organizar a sus hombres. Jaina miró hacia la cima de la colina y, entre la mortecina luz del fuego de Aggra, vio que el trío de orcos marchaba cuesta abajo hacia ellos.

—¡Thrall! —lo llamó—. ¡Estás bien!

Thrall señaló a Geya'rah. —Tengo mucho que agradecer a los Mag'har —dijo antes de acercarse a Danath.

Los dos entrecocaron los antebrazos a modo de saludo, y Danath inclinó la cabeza hacia el grupo.

—Thrall, amigo mío —dijo—. Aggra. Y Geya'rah, es un honor conocerte. Debo pedirte disculpas por lo de mi regente. Nos contó una versión de sus intenciones distinta a lo que ha acontecido aquí. Stromgarde ofrecerá compensaciones...

—No son necesarias —interrumpió Geya'rah—. No quiero seguir castigando a tu pueblo por las acciones de Marran. Sus bajas han sido numerosas. Me gustaría arrancar de raíz la animosidad entre nuestros pueblos antes de que pueda crecer más.

—Tienes mi más ferviente apoyo para conseguirlo —dijo Danath.

Se volvió hacia Jaina.

—Kurdran y Turalyon nos esperan en Stromgarde. Sugiero que acudamos a su encuentro.

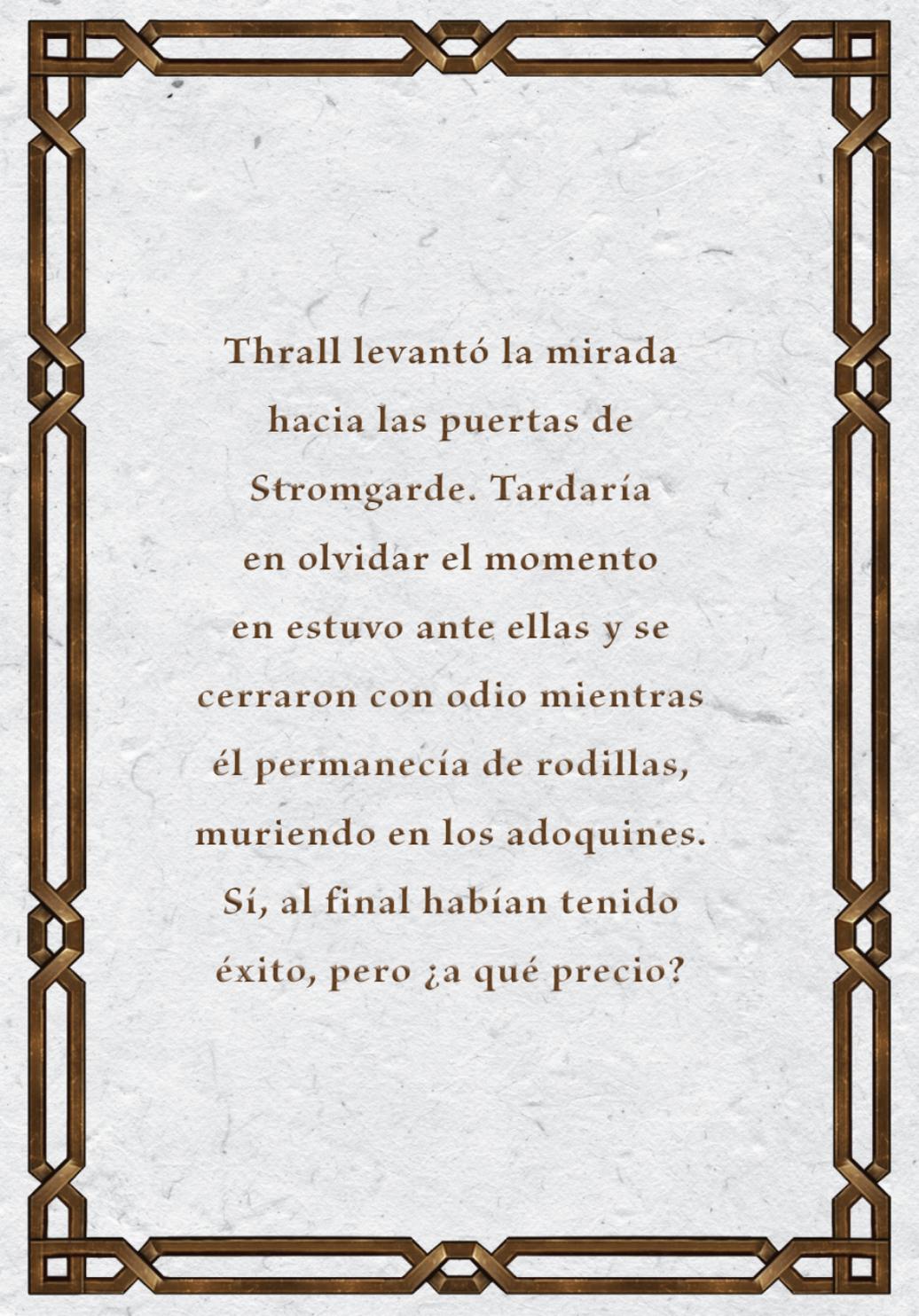


Estaba amaneciendo cuando el grupo, ahora con la compañía de Talgar, Eitrigg, los Kor'kron y la Séptima Legión, llegó a Stromgarde.

Kurdran Martillo Salvaje y Turalyon estaban esperando en la plaza, fuera del fuerte principal. Turalyon le dio un apretón de manos a Jaina.

—Lady almirante, los Hijos de Lothar responderán a tu llamada.

Kurdran tosió.



Thrall levantó la mirada
hacia las puertas de
Stromgarde. Tardaría
en olvidar el momento
en estuvo ante ellas y se
cerraron con odio mientras
él permanecía de rodillas,
muriendo en los adoquines.
Sí, al final habían tenido
éxito, pero ¿a qué precio?

—¿Es necesario ponerse tan solemnes, Turalyon? No nos han llamado así desde...
¿Hace cuánto? ¿Dos décadas? ¿Más?

El paladín sonrió.

—Puede que sea el momento de volver a hacerlo. —Se volvió hacia Jaina—. Me di cuenta de la gravedad de la situación en cuanto Danath me entregó su informe sobre la cumbre de Boralus. Te pido perdón por mi ausencia en el consejo.

—No pasa nada —dijo Jaina—. Pero cuéntame, ¿qué hay de la canción radiante?
¿Cómo van las cosas en Ventormenta?

Turalyon apretó los labios.

—Aún me pesan los problemas, pero he dejado a Genn como gobernante. Mantendrá las cosas en orden en mi ausencia.

—Pero también tenemos buenas noticias —dijo Danath—. La flota de Kul Tiras atracará aquí esta semana.

—Excelente —dijo Geya'rah—. Eso nos da tiempo suficiente para prepararnos.

Se volvió para señalar a sus compañeros orcos.

—Mi general, Talgar —dijo mientras el guerrero inclinaba la cabeza—, y mi consejero, Eitrigg.

Eitrigg se puso firme mientras Danath y Turalyon intercambiaron una mirada de incomodidad. Fue Danath quien rompió el silencio aclarándose la garganta al tiempo que se inclinaba rígidamente ante el jefe Roca Negra.

—Es un placer volver a verte —dijo. Miró a su amigo—. ¿Verdad que sí, Turalyon?

—Sin duda —dijo Turalyon con semblante inexpresivo. Eitrigg y él se miraron a los ojos durante un instante hasta que el orco se dirigió a Jaina.

—¿Seguro que queremos a *estos dos* como campeones? —dijo con una sonrisa burlona—. Me enfrenté a ambos en la Cuarta Guerra y debo decir que no me impresionaron. ¿La Alianza no podría proponer a alguien más... joven?

Kurdran soltó una carcajada y Jaina se puso entre los tres.

—Deberíamos... apresurarnos para elaborar nuestros planes —dijo mientras dirigía a Eitrigg una sonrisa diplomática.

—Una sugerencia excelente —dijo Danath con un largo suspiro—. Por favor, seguidme todos.

El grupo se dirigió al castillo de Stromgarde con Thrall y Aggra en último lugar. Ahora que habían contenido la crisis, su misión volvía a tener prioridad.

Aggra cogió la mano de Thrall entre las suyas.

—Parece que has conseguido la fuerza de ataque que necesitabas.

Thrall asintió.

—No podemos fracasar —dijo—. El destino del mundo depende de ello.

—Y no fracasaremos —respondió Aggra—. Hemos ganado esta batalla. Ganaremos la siguiente. ¿Qué es lo que te atribula?

Thrall levantó la mirada hacia las puertas de Stromgarde. Tardaría en olvidar el momento en estuvo ante ellas y se cerraron con odio mientras él permanecía de rodillas, muriendo en los adoquines. Sí, al final habían tenido éxito, pero ¿a qué precio? Mientras dirigían su atención a Xal'atath y a sus maquinaciones, ¿qué semillas de odio echarían raíces cada vez más profundas en el suelo arathi? ¿Qué amargos cultivos quedarían para que Geya'rah y los Mag'har tuvieran que cosecharlos más adelante?

Estos pensamientos... lo inquietaban. Marran estaba bajo arresto, sí, pero tenía partidarios, incluida su maestra de espías que, según Jaina, los había disparado a *ambos* y seguía prófuga. Dejaban un peligroso cabo suelto, pero Thrall tenía que confiar en que los leales a Danath tendrían éxito en su cacería. En que podrían acabar con lo que había empezado a cobrar forma allí.

«Estos odios antiguos —pensó— perduran a pesar de cada victoria. Quizá puedan resolverse algún día.

Quizá».

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del New York Times como Star Wars: Shadow of the Sith y Stranger Things: Darkness on the Edge of Town. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS Elementary y para la galardonada franquicia de videojuegos Dishonored. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie Lazarus de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de Doctor Who de Big Finish. Adam ha contribuido a la antología del aniversario Star Wars: From a Certain Point of View, que es un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha escrito para el cómic Star Wars Adventures de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus obras originales se cuentan Made to Kill y The Burning Dark, por citar algunas. Su primera novela, Empire State, fue nombrada Libro del año por SciFi Now y el Financial Times.